

Fonda Lee

Guerra de Jade

Saga de los huesos verdes: libro 2

Traducción de
Antonio Rivas

Corrección de estilo a cargo de
Natalia Cervera

Revisión de galeradas a cargo de
Sara Segovia



Capítulo 1

El Cielo Espera

Era una locura saquear la tumba de un huesos verdes. Solo con muy poco aprecio por su vida se lo plantearía alguien, pero para ese tipo de personas, aquella noche era el momento ideal. Los días fríos y secos de finales del invierno no habían dado paso aún a la lluvia incesante de la primavera, y las nubes bajas ocultaban la luna que se alzaba sobre las copas de los árboles del parque de la Viuda. Un silencio desacostumbrado envolvía las calles de Yanlún; por respeto, la gente había cancelado sus actividades habituales y se había quedado en casa. En las ventanas colgaban lámparas ceremoniales para guiar a los espíritus, en homenaje al fallecido Kaul Seningtun: héroe de guerra nacional, patriarca del clan Sin Cumbre, la Antorcha de Kekon. De modo que, aunque Bero y Mudt habían tenido la precaución de no encender las linternas, no había nadie que pudiera verlos cuando llegaron al cementerio.

Nuno, el enterrador, los recibió en la puerta cinco minutos antes de la hora de cierre oficial.

—Daos prisa. Tenéis media hora hasta que lleguen los vigilantes nocturnos.

Los tres estaban solos, pero Nuno habló con un susurro apresurado. Sus ojos, desde los huecos arrugados de la cara, recorrían temerosos las sombras de setos y lápidas. En Kekon se consideraba a los ladrones la más baja de las escorias, y los saqueadores de tumbas eran los más despreciables de todos. Una bala en la nuca a

la mañana siguiente, que se facturaría a los parientes, era el castigo legítimo que podían esperar si los atrapaban.

Bero cogió la bolsa de plástico que llevaba Nuno. Se agachó junto al muro de piedra y sacó dos camisas azules y sendas gorras que llevaban bordado el logo del cementerio, «El cielo espera». Mudt y él se pusieron apresuradamente la camisa y se encasquetaron la gorra. Nuno los guio a paso rápido por un camino serpenteante que subía por la colina, hasta que llegaron a uno de los mausoleos más grandes y destacados del cementerio. Habían cavado una nueva tumba frente al imponente monumento de mármol verde. Al día siguiente, Kaul Seningtun descansaría junto a su nieto, Kaul Lanshinwan, antiguo pedestal de Sin Cumbre, asesinado y enterrado dieciséis meses antes. ¡Dieciséis meses! Una eternidad frustrante que Bero había pasado haciendo planes y esperando su jade.

El propio Nuno había cavado el hoyo aquella tarde; aún había una excavadora al lado de la tumba. Bero se detuvo al borde del agujero, impecablemente rectangular. Una brisa agitó las briznas del césped perturbado que tenía a sus pies, levantando el penetrante aroma de la tierra húmeda. Un escalofrío de emoción recorrió la columna de Bero; aquello era lo que había necesitado todo el tiempo: que alguien hiciera la parte más dura del trabajo. La primera vez que Mudt y él se colaron con palas en el cementerio los interrumpió un grupo de adolescentes borrachos que daban tumbos en la oscuridad, asustándose entre ellos; la segunda vez se puso a llover a cántaros y apenas consiguieron hollar la superficie de la tierra empapada antes de que casi los sorprendieran los vigilantes. Después de aquello, Bero se dio cuenta de que tenían que usar la cabeza; idearon un plan mejor y esperaron el momento adecuado para actuar.

Para sorpresa de Bero, Mudt se agachó y saltó a la tumba antes que él. El muchacho miró hacia arriba con un brillo en sus ojos de comadreja y se sacudió las manos. Bero se descolgó la bolsa del hombro y sacó las herramientas. Se las pasó a Mudt y saltó también; las suelas de los zapatos golpearon en la tierra recién expuesta. Los dos jóvenes cruzaron la mirada durante un instante,

asombrados ante su propia osadía. Después, a la vez, atacaron la pared del pozo con las palas, excavando como topos hacia el ataúd contiguo.

Nuno montaba guardia junto a la excavadora, masticando nuez de betel y fingiendo estar tomándose un descanso del duro trabajo de cavar tumbas. Era poco habitual que hubiera que sacar la excavadora; casi todos los kekoneses optaban por la incineración, y las cenizas se guardaban en nichos o se enterraban en pequeños hoyos cavados a mano. Debido a la escasez de espacio, incluso las familias ricas como la de los Kaul, que se podían permitir parcelas completas, enterraban a los suyos con poco más de un palmo de separación entre ataúdes, de modo que la pala de Bero no tardó mucho en golpear una superficie dura en la pared de tierra. Ahogó un grito de triunfo y redobló sus esfuerzos. La tierra salió volando; le manchó las manos sudorosas y, cuando hizo una pausa para secarse la frente, le dejó rastros embarrados en la cara. Bero no sentía cansancio alguno, solo euforia y una expectación casi insoportable; sin duda se debía a que el jade al que tenía derecho estaba ya muy cerca, llamándolo desde el ataúd del hombre al que había matado.

—Kaul Lan era el pedestal del clan Sin Cumbre —dijo Mudt con un susurro ansioso, hablando por primera vez desde que habían llegado. Mudt solo tenía quince años, tres menos que Bero, y unos brazos muy flacos; la tarea era dura para él y su cara estrecha se veía congestionada en la casi total oscuridad—. Tendrá más jade que nadie, ¿verdad? Hasta más que los hermanos Maik. —Un destello vengativo le asomó a los ojos. Tenía sus propias razones para querer jade.

—Dalo por seguro, keke —respondió Bero sin distraerse.

—¿Cómo podemos estar seguros de que el jade está ahí? —susurró Mudt con un deje de ansiedad.

Si no se lo llevaba un enemigo en la batalla, el jade de un huesos verdes pasaba a su familia. Muchas veces se enterraba a los guerreiros con una parte ceremonial de su verde, así que era posible que el ataúd de Kaul contuviera solo unas cuantas piedras, o nada en absoluto. Dado el intenso estigma cultural y religioso que suponía

el robar a los difuntos, y la pena de muerte que iba asociada, el trabajo y el riesgo del saqueo de tumbas rara vez salía a cuenta, ni siquiera para los delincuentes más enfebrecidos por el jade.

Bero no respondió; no podía dar más garantía que el hecho de que tenía una sensación, y siempre había escuchado a sus sensaciones. La tenía en aquel momento; era como si el destino le sonriera. Las caprichosas mareas de la fortuna arrastraban a la gente de un lado a otro, pero Bero creía que se habían fijado especialmente en él; que cabalgaba sobre ellas más alto que la mayoría. Desde luego, había tenido mala suerte de sobra toda su vida, desde el momento en que lo habían arrancado gritando del efímero vientre de su madre; por otro lado, él estaba vivo, mientras que muchos que conocía, no, y ahora estaba cerca del jade.

Ya se veía el lateral del ataúd. Lo que había sido una superficie barnizada de color cereza había adquirido un tono marrón apagado, rodeado de tierra negra. Los jóvenes dejaron las palas y se cubrieron la boca y la nariz con un pañuelo; a continuación se pusieron unos gruesos guantes de trabajo. Bero cogió una sierra de calar con batería.

—Alúmbrame —dijo, con la voz apagada por el pañuelo.

Bero sacó una linterna de bolsillo y recorrió con el haz el lateral del ataúd. Cuando Bero encendió la sierra, el chirrido agudo casi le hizo dar un respingo y soltar la herramienta. La luz de la linterna de Mudt se agitó alocadamente antes de quedar fija de nuevo. Con el corazón golpeándole con fuerza las costillas, Bero hundió la hoja en el féretro de Kaul Lan y se puso a serrar.

Recortó un trozo del tamaño aproximado de una pantalla de televisión, y luego apagó la sierra y la dejó en el suelo. Con la ayuda de Mudt retiró el rectángulo de madera. Una nube de polvo y poliéster se arremolinó en el aire, y un objeto cayó en la tierra a sus pies. Con un grito de entusiasmo, Bero se arrodilló, y contuvo a duras penas el impulso de recoger lo que veía brillando como un tesoro desenterrado bajo el haz de la linterna: un hilo de cuentas de jade, cada piedra impecable y de un verde intenso separada de sus compañeras por otras cuentas negras más pequeñas, todas engarzadas en una cadena de plata. El poderoso adorno y arma de

un jefe de huesos verdes; una parte de su identidad esencial. Un objeto de valor incalculable que solo se podía comprar con sangre.

Mudt se recobró el primero y agarró a Bero por el hombro.

—Estaba cosida al forro. Tiene que haber más —dijo.

Siguieron rebuscando en el tapizado roto y casi de inmediato encontraron dos muñequeras de cuero con joyas incrustadas. Kaul llevaba además un cinturón bien cargado de jade; quizá también estuviera allí, oculto en algún lugar del ataúd.

Antes de que pudieran seguir buscando, Nuno se asomó por el borde de la tumba y los miró desde arriba, con un rictus en la cara curtida.

—Tenéis que salir. He mandado a los vigilantes a comprobar una cerradura rota de la puerta trasera, pero volverán. Tenemos que dejar esto limpio.

—Pásame la bolsa —dijo Bero.

Nuno obedeció. Bero y Mudt colocaron en su lugar la pieza cortada del ataúd y encajaron contra ella toda la tierra húmeda que pudieron. A Bero le resultaba doloroso pensar en el jade que podían estar dejando detrás, pero era mejor que se marcharan ya con lo que tenían. Había aprendido unas cuantas lecciones dolorosas sobre el exceso de ambición. Cuidando de no tocar el jade con la piel desnuda, envolvió su precioso descubrimiento en varias capas de arpillera y lo guardó en la bolsa, junto a las herramientas. Se limpió las manos embarradas en los pantalones, se echó la bolsa al hombro y tendió una mano a Nuno para que lo ayudara a salir de la tumba. El enterrador dio un paso atrás; sus labios manchados dejaron a la vista los dientes en una expresión de repugnancia.

—No pienso acercarme a jade robado.

Nuno había contraído unas deudas enormes, y ese era el único motivo por el que se había dejado sobornar; la cifra había sido tan elevada que Bero estuvo preguntándose si valdría la pena durante todos los meses que tuvo que pasar vendiendo shine para financiar el negocio.

Le dijo a Mudt que le hiciera un estribo con las manos para ayudarlo a salir del agujero. Cuando estuvo fuera y de pie, miró al muchacho, que esperaba con los brazos en alto, y durante un ins-

tante estuvo tentado de abandonarlo. Ahora que ya tenía el jade, ¿por qué repartirlo con ese crío? Pero Mudt podía delatarlo si lo dejaba tirado. Además, tenía cuajo y hasta entonces le había resultado útil; Bero tenía que reconocerlo.

Se agachó y ayudó a Mudt a salir. Nuno arrancó la excavadora y arregló la tierra desordenada. Cuando acabó, la tumba tenía el mismo aspecto que al principio. Un observador atento podría reparar en las pisadas del fondo y en que una de las paredes tenía un aspecto un poco más irregular, pero no cabía esperar que sometieran el hoyo a un escrutinio profundo. Bero y Mudt se desataron el pañuelo y se limpiaron el sudor y el barro de la cara mientras Nuno los acompañaba con celeridad colina abajo. La oscuridad era ya absoluta y nadie les prestaba atención, pero si alguien se hubiera fijado, habría visto lo que parecía ser un trío de trabajadores del cementerio que terminaban su jornada.

—Dadme las camisas y las gorras, de prisa —les pidió Nuno, ya en la puerta. Se quitaron los disfraces embarrados y los metieron en una bolsa de basura—. Tenéis lo que veníais a buscar, ¿no? Maldita sea vuestra alma —espetó—. ¿Y la otra mitad del dinero?

Bero asintió, se agachó y abrió la cremallera de la bolsa. Mudt, situado detrás del enterrador, giró con todas sus fuerzas, lo golpeó en la nuca con la piedra que sujetaba en el puño y lo acabó de tumbar de un empujón. Bero se puso en pie empuñado una pistola y disparó dos veces; la primera bala se hundió en la frente de Nuno, y la segunda, en su mejilla.

Los dos jóvenes se quedaron mirando atónitos tres o cuatro largos segundos, hasta que se apagó el eco de los disparos. Boca arriba, los ojos de Nuno estaban congelados en una expresión de alarma y sorpresa; los orificios de entrada eran sorprendentemente pequeños, y la tierra seca ya estaba absorbiendo la sangre.

El primer pensamiento de Bero fue que el plan había salido sorprendentemente bien y que conservar a Mudt había sido una buena decisión, después de todo. El segundo, que era una suerte que el enterrador no fuera un tipo corpulento, o habrían tenido un buen problema para moverlo. Los dos jóvenes jadeaban y sudaban a chorros por el cansancio y el miedo cuando acabaron de

arrastrar el cadáver hasta un hueco poco profundo, bajo el seto cercano. Bero rebuscó apresuradamente en la chaqueta de Nuno hasta encontrar la cartera.

—Coge también el reloj —siseó—. Que parezca un robo.

Sacaron el llavero del bolsillo del enterrador, patearon unas cuantas ramas y hojas para cubrir un poco el cadáver y corrieron hacia la puerta. Mientras Bero maldecía y se peleaba con la cerradura, Mudt se inclinó, jadeando, con las manos en las rodillas y el blanco de los ojos visible bajo el flequillo grasiento.

—Mierda. Mierda mierda mierda.

La puerta se abrió al fin. Cerraron tras de sí la reja metálica, y Bero abrazó con fuerza la bolsa mientras corrían al abrigo del parque de la Viuda por delante de los haces oscilantes de las linternas de los guardias, hacia el resplandor de la ciudad.